



**Multifactorial Factors of Juvenile Delinquency in School
Contexts: A Qualitative Study in Chetumal, Quintana Roo**

**Factores multifactoriales de la delincuencia juvenil en
contextos escolares: un estudio cualitativo en Chetumal,
Quintana Roo**

Para citar este trabajo:

Díaz Guzmán, A. N. . (2026). Factores multifactoriales de la delincuencia juvenil en contextos escolares: un estudio cualitativo en Chetumal, Quintana Roo. *Imperium Académico Multidisciplinary Journal*, 3(1), 1-9. <https://doi.org/10.63969/gqnt8z12>

Autores:

Adriana Noemí Díaz Guzmán

Universidad Vizcaya de las Américas Campus Chetumal
Chetumal Quintana Roo - México

nd986916@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0001-6543-2299>

Autor de Correspondencia: Adriana Noemí Díaz Guzmán, nd986916@gmail.com

RECIBIDO: 29-Marzo-2026

ACEPTADO: 12-Abril-2026

PUBLICADO: 26-Abril-2026



Resumen

La delincuencia juvenil dentro de las escuelas no es un asunto simple ni aislado; más bien, es el resultado de cómo se entrelazan distintos factores personales, familiares y sociales. En este estudio, abordado desde una perspectiva cualitativa, se analizan los elementos que influyen en que adolescentes de nivel secundaria en Chetumal, Quintana Roo, incurran en conductas tipificadas como delitos. Para ello, se trabajó con entrevistas semiestructuradas aplicadas a estudiantes, lo que permitió conocer de primera mano sus percepciones, experiencias y las dinámicas de relación que influyen en su forma de actuar. Lo que se encontró deja ver un panorama bastante claro: el entorno familiar, la presión de los amigos, lo que ocurre dentro de la escuela y el uso de redes sociales no actúan por separado, sino que se combinan y generan un contexto de riesgo que impacta directamente en las decisiones de los adolescentes. En otras palabras, no se trata de un solo factor que explique el problema, sino de varios elementos que coinciden y se refuerzan entre sí en la vida cotidiana. A partir de esto, se concluye que la delincuencia juvenil no puede entenderse desde una causa única. Más bien, responde a la convergencia de condiciones estructurales y experiencias diarias, lo que hace evidente la necesidad de pensar en estrategias preventivas más integrales, donde la proximidad social y la intervención comunitaria jueguen un papel central.

Palabras clave: Delincuencia juvenil; contexto escolar; factores de riesgo; percepción social; adolescencia.

Abstract

Juvenile delinquency within schools is neither a simple nor an isolated issue; rather, it arises from the interplay of various personal, familial, and social factors. This qualitative study examines the elements that influence secondary school students in Chetumal, Quintana Roo, to engage in behaviours classified as criminal offences, drawing on semi-structured interviews conducted with students to gain first-hand insight into their perceptions, experiences, and the relational dynamics shaping their conduct. The findings present a clear picture: the family environment, peer pressure, school-related dynamics, and the use of social media do not operate independently but instead converge to create a context of risk that directly affects adolescents' decision-making. In other words, the issue cannot be attributed to a single causal factor, but rather to multiple elements that intersect and reinforce one another in everyday life. Accordingly, juvenile delinquency cannot be understood through a single-cause lens; instead, it reflects the convergence of structural conditions and daily experiences, highlighting the need for more comprehensive preventive strategies in which social proximity and community-based intervention play a central role.

Keywords: Juvenile delinquency; school context; risk factors; social perception; adolescence.



1. Introducción

Hablar de delincuencia juvenil en espacios escolares va mucho más allá de pensar en conductas aisladas; en realidad, estamos frente a expresiones sociales que reflejan tensiones más profundas. La adolescencia, por sí misma, es una etapa de cambios y búsqueda, donde la necesidad de pertenecer y ser reconocido pesa bastante, lo que vuelve a los jóvenes especialmente sensibles a influencias externas (OMS, 2024). En ese contexto, la escuela deja de ser solo un lugar para aprender contenidos y se convierte, también, en un espacio donde se reproducen relaciones sociales, conflictos y, en muchos casos, desigualdades.

Este fenómeno no se presenta igual en todos lados. Cambia según las condiciones sociales, económicas y culturales en las que viven los adolescentes. De hecho, la evidencia reciente muestra que la violencia y las conductas antisociales en la escuela no aparecen de la nada; más bien, se van construyendo a partir de historias de vida marcadas por exclusión, poca atención institucional y contacto constante con entornos de riesgo (Farrington et al., 2021). En ese sentido, la escuela termina siendo un punto de encuentro donde confluyen factores familiares, comunitarios y hasta mediáticos, generando escenarios complejos que influyen directamente en la conducta juvenil.

Si lo vemos desde la criminología, hay varias formas de explicarlo, y todas aportan algo. Por ejemplo, la teoría del aprendizaje social plantea que muchas conductas se aprenden observando e imitando a otros (Bandura, 2016). Por su parte, la teoría del control social pone el acento en la importancia de los vínculos afectivos y las normas (Hirschi, 2017), mientras que la asociación diferencial señala que el entorno cercano tiene un papel clave en moldear conductas delictivas (Akers, 2017). En conjunto, estas perspectivas ayudan a entender que los adolescentes no actúan solos, sino dentro de redes sociales que influyen constantemente en sus decisiones.

A esto se suman enfoques más recientes que ponen sobre la mesa el papel de las emociones, la identidad y la necesidad de reconocimiento. Cuando hay pocas oportunidades de desarrollo, esa necesidad de validación puede llevar a algunos jóvenes a involucrarse en conductas de riesgo como una forma de afirmarse, ya sea a nivel personal o dentro de su grupo (Moffitt, 2018). Además, no se puede dejar de lado el impacto de las redes sociales y las tecnologías digitales, que han cambiado por completo la forma en que los jóvenes interactúan, ampliando los espacios donde se generan y reproducen conflictos (Livingstone & Smith, 2019).

En el caso de Chetumal, investigaciones recientes muestran cómo la incivildad social, la percepción de inseguridad y la fragilidad de los vínculos comunitarios favorecen la normalización de conductas antisociales (Sánchez Méndez et al., 2024). Al mismo tiempo, se ha identificado que la proximidad social y la confianza en las instituciones pueden marcar una diferencia importante en la prevención del delito (Sánchez Méndez et al., 2025). Esto resulta particularmente interesante en contextos urbanos intermedios, donde conviven la cercanía social con procesos de fragmentación comunitaria, generando escenarios un tanto contradictorios en términos de cohesión y control social.

Desde esta mirada, es clave detenerse a entender cómo los propios adolescentes perciben su entorno y cómo interpretan las normas que regulan su comportamiento. Factores como la percepción de impunidad, la normalización de la violencia o la falta de referentes positivos influyen mucho más de lo que a veces se reconoce en sus decisiones diarias. Por eso, estudiar la delincuencia juvenil en la escuela no solo implica identificar factores de riesgo, sino también comprender el significado que los jóvenes le dan a lo que hacen y al contexto en el que viven.

En suma, la delincuencia juvenil necesita abordarse desde una visión integral que tome en cuenta las particularidades del entorno escolar y urbano, entendiendo que hay una interacción constante entre las estructuras sociales y las experiencias individuales. Solo así se podrán diseñar



estrategias que no se queden en contener el problema, sino que realmente apunten a prevenirlo desde su raíz y a fortalecer el tejido social.

2. Metodología

El estudio se desarrolló desde un enfoque cualitativo, con la intención de entender a fondo cómo los propios adolescentes viven, perciben e interpretan la delincuencia juvenil dentro del contexto escolar. Se partió de la idea de que este fenómeno es complejo y tiene muchas aristas, por lo que resulta difícil captarlo a través de mediciones estandarizadas. Al final, estamos hablando de emociones, relaciones y formas de entender la realidad, elementos que requieren una mirada más cercana y flexible (Creswell & Poth, 2018). Por eso, se optó por una aproximación interpretativa que colocara en el centro las voces de los participantes.

En cuanto al diseño, se trabajó con un enfoque descriptivo-explicativo de corte transversal. Esto permitió observar el fenómeno en un momento específico, sin intervenir ni modificar las dinámicas naturales del entorno. Por un lado, la parte descriptiva ayudó a identificar cómo y en qué contextos aparecen estas conductas; por otro, la parte explicativa permitió ir un poco más allá y explorar cómo se relacionan los distintos factores involucrados. Además, se siguió una lógica inductiva, es decir, las categorías de análisis no se definieron desde el inicio, sino que fueron surgiendo poco a poco a partir de lo que los propios adolescentes iban compartiendo (Maxwell, 2019).

La selección de participantes se hizo mediante un muestreo intencional, tomando en cuenta criterios de pertinencia y accesibilidad. Se trabajó con estudiantes de tercer grado de secundaria, entre 14 y 15 años, de distintas escuelas en Chetumal, Quintana Roo. Esta elección no fue casual: se trata de una etapa donde los jóvenes están consolidando su identidad y, al mismo tiempo, están más expuestos a la presión social. También se buscó incluir diferentes contextos escolares para tener una visión más amplia y no quedarse con una sola realidad.

Para recolectar la información se utilizaron entrevistas semiestructuradas. Este tipo de instrumento permitió tener una guía clara, pero sin perder la flexibilidad necesaria para profundizar en temas que iban surgiendo durante la conversación. Algo importante es que se logró generar un ambiente de confianza, lo que facilitó que los adolescentes hablaran con mayor apertura sobre sus experiencias y percepciones, aportando información rica y muy contextualizada (Kvale & Brinkmann, 2015). Las entrevistas se registraron mediante notas de campo y, cuando se contó con autorización, también se grabaron en audio para después transcribirlas de manera completa.

El análisis se llevó a cabo mediante técnicas de contenido temático. Primero se revisaron cuidadosamente las transcripciones, luego se identificaron unidades de significado y, finalmente, se organizaron en categorías y subcategorías. Este proceso permitió detectar patrones que se repetían y entender mejor cómo se relacionan los factores familiares, escolares y sociales en la conducta delictiva. Para darle mayor solidez al análisis, se recurrió a la triangulación teórica, contrastando lo encontrado en campo con lo que plantea la literatura especializada en criminología y estudios de la adolescencia (Flick, 2018).

En términos de rigor metodológico, se cuidaron aspectos clave como la credibilidad, la transferibilidad y la consistencia. La credibilidad se fortaleció a partir del contacto cercano con el contexto y el respeto por lo que los participantes expresaron; la transferibilidad se apoyó en una descripción detallada del entorno y de quienes participaron; y la consistencia se garantizó al mantener claridad y orden en todo el proceso de análisis.

En cuanto a la ética, se siguieron los principios básicos de la investigación social, especialmente por tratarse de menores de edad. Se obtuvo el consentimiento informado tanto de los



participantes como, cuando fue necesario, de sus tutores legales, asegurando siempre que su participación fuera voluntaria y que pudieran retirarse en cualquier momento. También se cuidó la confidencialidad, protegiendo su identidad mediante la anonimización de los datos. Además, se procuró en todo momento el bienestar emocional de los adolescentes, evitando situaciones incómodas y llevando el proceso con sensibilidad y responsabilidad (American Psychological Association, 2020).

En conjunto, esta metodología permitió no solo identificar los factores relacionados con la delincuencia juvenil en el entorno escolar, sino también entender cómo los propios adolescentes los perciben, los interpretan y los viven en su día a día.

3. Resultados

Los resultados dejan ver que los adolescentes perciben la delincuencia como algo cercano, parte de su día a día y, en ciertos casos, hasta normal. Ahora bien, esa “normalización” no significa que la aprueben abiertamente, sino más bien que se han ido acostumbrando. Con el tiempo, ciertas conductas dejan de sorprender o generar rechazo. De hecho, varios participantes hablaron de situaciones como violencia, pequeños robos o agresiones entre compañeros como “algo que pasa seguido”, lo que sugiere que estas dinámicas ya forman parte de la rutina escolar. Esta familiaridad con la conducta delictiva suele darse en entornos donde los conflictos son constantes y donde las respuestas institucionales no siempre son claras o suficientes.

Entre los factores que más se repiten aparecen los conflictos familiares, la falta de figuras de autoridad y la ausencia de límites claros en casa. Los propios adolescentes reconocen que estas condiciones dejan vacíos importantes, sobre todo en la forma en que regulan su comportamiento y sus emociones. Les cuesta más manejar impulsos, tolerar frustraciones o prever consecuencias. En varios casos, la falta de supervisión no solo tiene que ver con que los padres no estén físicamente, sino también con una desconexión emocional: poca comunicación, poco acompañamiento. Todo esto termina impactando directamente en su bienestar y en cómo toman decisiones, llevándolos a buscar referentes fuera del entorno familiar.

En ese escenario, la influencia de los amigos pesa mucho. Prácticamente todos coinciden en que el grupo tiene un papel clave en sus decisiones cotidianas, sobre todo cuando hay una fuerte necesidad de pertenecer. Y algo interesante es que esa presión no siempre es directa; muchas veces es sutil, se da a través de dinámicas de aceptación o exclusión. Algunos lo dijeron claramente: “para encajar” hay que hacer ciertas cosas, incluso si implican riesgos o romper reglas. Esto coincide con lo que señalan estudios recientes sobre cómo la pertenencia grupal se relaciona con conductas delictivas (Moffitt, 2018; Farrington et al., 2021), pero además muestra cómo esa influencia se construye en lo cotidiano, en la interacción y en la validación dentro del grupo.

Otro punto importante es que varios adolescentes mencionaron que su primer acercamiento a conductas de riesgo ocurrió junto a sus pares. Esto refuerza la idea de que no solo se trata de comportamientos aprendidos, sino también compartidos y, en cierto modo, legitimados entre ellos. El grupo termina funcionando como un espacio donde se aprenden normas, se negocian límites y se le da sentido a lo que está bien o mal.

Ya dentro de la escuela, también aparecen problemas. Se identificaron fallas en la supervisión y en la forma en que se atienden los conflictos. Algunos estudiantes sienten que las autoridades minimizan lo que ocurre o reaccionan tarde, lo que hace que las situaciones se repitan o incluso escalen. Esto termina afectando la confianza en la escuela como un espacio seguro, dando la impresión de que ciertas conductas pueden pasar sin consecuencias claras. Incluso, se



mencionaron zonas dentro del plantel donde la vigilancia es baja, lo que facilita que ocurran este tipo de situaciones.

A todo esto se suma el papel de las redes sociales. Hoy los conflictos no se quedan en el salón de clases; continúan en el espacio digital, donde muchas veces se intensifican. La exposición pública, la difusión de contenido y la participación de otros hacen que los problemas crezcan más rápido. Aquí aparecen formas de agresión como el ciberacoso, que tienen un alcance mayor y son más persistentes (Livingstone & Smith, 2019). Algunos adolescentes comentaron que lo que empieza en línea puede regresar a la escuela con más fuerza, generando ciclos de violencia que no son fáciles de detener.

En conjunto, lo que muestran estos hallazgos es que la delincuencia juvenil en contextos escolares no depende de un solo factor. Más bien, surge de la interacción constante entre el entorno familiar, las dinámicas entre pares, las limitaciones institucionales y el impacto de lo digital. Todo esto configura un escenario complejo donde las conductas de riesgo no solo aparecen, sino que se refuerzan y, en algunos casos, se vuelven parte de la experiencia cotidiana de los adolescentes.

4. Discusión

Los hallazgos dejan claro que la delincuencia juvenil en contextos escolares no puede entenderse desde una sola causa. Es un fenómeno multifactorial, donde familia, escuela y entorno social no actúan por separado, sino que se conectan entre sí y van moldeando el comportamiento de los adolescentes. Más que factores aislados, se trata de un entramado dinámico donde las influencias se acumulan y terminan impactando tanto en la forma en que los jóvenes perciben su realidad como en cómo actúan dentro de ella. En ese proceso, lo cotidiano pesa mucho: cómo se resuelven los conflictos en casa, qué tipo de disciplina se vive en la escuela o cómo son las relaciones con los pares termina marcando referentes importantes sobre lo que consideran aceptable o no.

Desde una mirada más crítica, no resulta del todo adecuado cargar la responsabilidad únicamente en la familia o en la escuela. Claro que ambos espacios son clave en la socialización, pero también están condicionados por contextos más amplios que limitan su margen de acción. Factores como las desigualdades económicas, la precariedad en las condiciones de vida, la exposición constante a entornos violentos o incluso la falta de presencia institucional influyen directamente en cómo se ejerce la crianza y en cómo las escuelas gestionan la convivencia. En este sentido, la violencia no puede verse solo como una falla individual o institucional, sino como parte de contextos donde el control social informal se debilita y las normas pierden fuerza (Sampson, 2019).

A partir de esto, se vuelve necesario ir más allá de los enfoques centrados únicamente en el castigo y abrir la mirada hacia estrategias más amplias, que incluyan lo preventivo y lo comunitario. Los resultados apuntan a algo importante: cuando faltan vínculos sólidos —ya sea en la familia, la escuela o la comunidad— aumentan las probabilidades de conductas de riesgo. En cambio, cuando esos vínculos se fortalecen, pueden funcionar como un factor de protección. Dicho de otra manera, no basta con intervenir sobre el adolescente; también hay que trabajar sobre las relaciones y condiciones que lo rodean.

En el caso de Chetumal, investigaciones recientes subrayan la importancia de estrategias basadas en la proximidad social y la participación comunitaria para fortalecer la confianza y prevenir conductas delictivas (Sánchez Méndez et al., 2025). La idea es bastante clara: cuando hay cercanía entre las instituciones y la ciudadanía, y existen canales de comunicación efectivos, es más fácil construir entornos seguros y cohesionados. La confianza, vista como un recurso social, no solo facilita que se denuncien situaciones o se actúe a tiempo, sino que también ayuda a generar normas compartidas y a reforzar el sentido de pertenencia.



A esto se suma el enfoque de resiliencia social, que aporta una mirada más propositiva. En lugar de centrarse solo en los riesgos, busca identificar y fortalecer las capacidades de las personas y las comunidades para enfrentar situaciones adversas. Desde esta perspectiva, prevenir la delincuencia juvenil no implica únicamente reducir factores de riesgo, sino también impulsar habilidades socioemocionales, redes de apoyo y oportunidades reales de desarrollo (Ungar, 2021). Aquí, la intervención temprana —sobre todo en el ámbito escolar— cobra especial relevancia, porque permite actuar antes de que estas conductas se consoliden y se vuelvan más difíciles de revertir.

En conjunto, todo esto invita a replantear la forma en que entendemos la delincuencia juvenil. No se trata de un problema aislado, sino de un fenómeno que requiere respuestas integrales, sostenidas en el tiempo y bien contextualizadas. La coordinación entre instituciones, comunidad educativa y entorno social no es opcional, es fundamental si se busca no solo atender el problema en su superficie, sino también incidir en sus causas más profundas, tanto estructurales como relacionales.

5. Conclusión

La delincuencia juvenil en contextos escolares no puede explicarse como si fuera solo una suma de decisiones individuales; en realidad, forma parte de procesos sociales más complejos que se van construyendo en lo cotidiano. Este estudio deja ver con claridad que los factores familiares, escolares y comunitarios no actúan por separado, sino que se cruzan y terminan influyendo en la aparición de conductas delictivas. En ese sentido, las conductas de riesgo no surgen de la nada. Se van formando en entornos donde hay carencias afectivas, ciertas debilidades institucionales y dinámicas sociales que influyen en cómo los adolescentes entienden y enfrentan lo que viven día a día.

Desde esta perspectiva, queda corto pensar el problema únicamente desde la sanción o el control. Más bien, se vuelve necesario fortalecer la prevención, empezando desde la escuela, pero sin perder de vista lo que ocurre en la familia y en la comunidad. La escuela, por ejemplo, tiene un papel clave como espacio de socialización: puede funcionar como un punto de encuentro para detectar riesgos a tiempo y para impulsar estrategias que promuevan la convivencia, la resolución pacífica de conflictos y el desarrollo de habilidades socioemocionales. Pero también hay que decirlo: su alcance es limitado si no se acompaña de lo que pasa en casa —donde se construyen los primeros referentes afectivos y normativos— y en el entorno comunitario, donde los vínculos sociales se fortalecen o se debilitan.

En este sentido, las estrategias de intervención tendrían que centrarse en algo muy concreto: fortalecer vínculos, generar confianza y desarrollar capacidades tanto individuales como colectivas. Y eso implica trabajar con todos los actores involucrados, no solo con los adolescentes. Docentes, familias e instituciones necesitan participar en procesos colaborativos que ayuden a reconstruir el tejido social. Espacios seguros de diálogo, redes de apoyo más sólidas y programas de acompañamiento psicosocial pueden marcar una diferencia importante para reducir estas conductas y abrir posibilidades de trayectorias más positivas.

Finalmente, algo que no se puede dejar de lado es la importancia de entender cómo los propios adolescentes perciben su realidad. Escucharlos, tomar en cuenta lo que piensan y sienten, permite diseñar intervenciones mucho más pertinentes. No se trata solo de verlos como sujetos en riesgo, sino como actores clave en la construcción de entornos más seguros. Incorporar sus experiencias y perspectivas no solo enriquece el análisis, también ayuda a construir respuestas más sensibles y ajustadas al contexto. En el fondo, atender la delincuencia juvenil desde esta mirada implica dejar atrás una lógica reactiva y avanzar hacia una prevención más integral, basada en la



comprensión, la corresponsabilidad y la transformación de las condiciones sociales que dan origen a estas conductas.

Referencias Bibliográficas

- Akers, R. (2017). Social learning and social structure. Routledge
<https://doi.org/10.4324/9781315129587>
- Bandura, A. (2016). Social foundations of thought and action. Prentice Hall
<https://psycnet.apa.org/record/1985-98423-000>
- Creswell, J., & Poth, C. (2018). Qualitative inquiry and research design. Sage
<https://www.scirp.org/reference/referencespapers?referenceid=2155979>
- Farrington, D., et al. (2021). The Oxford handbook of developmental and life-course criminology. Oxford University Press
https://books.google.com.ec/books/about/The_Oxford_Handbook_of_Developmental_and_d.html?id=zM5ODwAAQBAJ&redir_esc=y
- Hirschi, T. (2017). Causes of delinquency. Routledge
[https://scholar.google.com.ec/scholar?q=Hirschi,+T.+\(2017\).+Causes+of+delinquency.+Routledge&hl=es&as_sdt=0&as_vis=1&oi=scholart](https://scholar.google.com.ec/scholar?q=Hirschi,+T.+(2017).+Causes+of+delinquency.+Routledge&hl=es&as_sdt=0&as_vis=1&oi=scholart)
- Livingstone, S., & Smith, P. (2019). Annual research review: Harms experienced by child users of online and mobile technologies. Journal of Child Psychology and Psychiatry
https://www.researchgate.net/publication/259805430_Annual_Research_Review_Harms_experienced_by_child_users_of_online_and_mobile_technologies_The_nature_prevalence_and_management_of_sexual_and_aggressive_risks_in_the_digital_age
- Moffitt, T. (2018). Male antisocial behaviour in adolescence. Nature Human Behaviour.
- OMS. (2024). Violencia juvenil
[https://scholar.google.com.ec/scholar?q=Moffitt,+T.+\(2018\).+Male+antisocial+behavior+in+adolescence.+Nature+Human+Behaviour&hl=es&as_sdt=0&as_vis=1&oi=scholart](https://scholar.google.com.ec/scholar?q=Moffitt,+T.+(2018).+Male+antisocial+behavior+in+adolescence.+Nature+Human+Behaviour&hl=es&as_sdt=0&as_vis=1&oi=scholart)
- Sampson, R. (2019). Great American city: Chicago and the enduring neighborhood effect. University of Chicago Press
https://www.researchgate.net/publication/264253663_Great_American_City_Chicago_and_the_Enduring_Neighborhood_Effect_by_Robert_J_Sampson
- Sánchez Méndez, L. G., & Herrera Mejía, C. M. (2025). Inseguridad y estrategias comunitarias ante factores de riesgo urbano. Imperium. <https://doi.org/10.63969/xkz51t38>
- Sánchez Méndez, L. G., Quintal García, N. A., & Ganzo Olivares, J. (2024). La incivilidad social. Estudios y Perspectivas, 4(3), 3006-3027. <https://doi.org/10.61384/r.c.a.v4i3.595>
- Sánchez Méndez, L. G., Quintal García, N. A., Ganzo Olivares, J., & Cauich Jiménez, G. (2025). Laboratorio de proximidad social. Star of Sciences Multidisciplinary Journal, 2(2), 1-15. <https://doi.org/10.63969/rzrbe958>
- UNICEF. (2019). Panorama estadístico de la violencia contra niñas, niños y adolescentes en



México <https://www.unicef.org/mexico/informes/panorama-estad%C3%ADstico-de-la-violencia>

Ungar, M. (2021). Multisystemic resilience. Oxford University Press
[https://scholar.google.com/ec/scholar?q=Ungar,+M.+\(2021\).+Multisystemic+resilience.+Oxford+University+Press.&hl=es&as_sdt=O&as_vis=1&oi=scholart](https://scholar.google.com/ec/scholar?q=Ungar,+M.+(2021).+Multisystemic+resilience.+Oxford+University+Press.&hl=es&as_sdt=O&as_vis=1&oi=scholart)

World Bank. (2020). Youth at risk and social exclusion
[https://scholar.google.com/ec/scholar?q=World+Bank.+\(2020\).+Youth+at+risk+and+social+exclusion&hl=es&as_sdt=O&as_vis=1&oi=scholart](https://scholar.google.com/ec/scholar?q=World+Bank.+(2020).+Youth+at+risk+and+social+exclusion&hl=es&as_sdt=O&as_vis=1&oi=scholart)

Conflicto de Intereses: Los autores declaran que no tienen conflictos de intereses relacionados con este estudio y que todos los procedimientos seguidos cumplen con los estándares éticos establecidos por la revista. Asimismo, confirman que este trabajo es inédito y no ha sido publicado, ni parcial ni totalmente, en ninguna otra publicación.